

## EL ENCUENTRO DE DOS MUNDOS Y SU CONSECUENCIA PARA EUROPA \*

### I

En esta comunicación tratamos de esbozar el fondo histórico, el actual panorama y las perspectivas de futuro de la multiforme colisión de dos concepciones opuestas del mundo y de la vida, pero enfocando el análisis de este conflicto de nuestro siglo, no desde un punto de vista universal, sino en concreto respecto a su imperio sobre Europa, o para decirlo con más precisión, valorando la repercusión y la incidencia que esa lucha multiforme ha tenido en la conformación del actual fenómeno europeo.

En rigor bien cabe pensar que lo que venimos llamando la mutación de Europa es en muy buena medida la resultante de ese gran conflicto, siendo así que de otro lado ese mismo conflicto en su génesis histórica es en cierta manera una extrapolación a escala universal de las tensiones internas de la vida europea. Europa, en toda la gama compleja de procesos, en lo espiritual y en lo material, en lo cultural y en lo económico, en lo político y en lo técnico, ha sido el centro del dinamismo histórico de la civilización moderna. Sin ningún énfasis, simplemente como saldo total de un balance, podemos decir que la civilización moderna es un proceso de *uropeización*, bien que inmediatamente sea preciso añadir que la puesta en acción de fuerzas y masas extraeuropeas, a lo largo de este proceso, ha terminado por privar a Europa de la dirección del acontecer. Las grandes líneas de la evolución ideológica y del desarrollo socioeconómico del mundo moderno, son de génesis europea, pero la imagen del mundo actual, perfilada sobre esas líneas, ha dejado de tener figura europeocéntrica. Cabe hablar así de una «alienación» europea, pues como inversión del mito de Saturno, Europa,

---

\* Texto de la ponencia presentada el 9 de junio en la XII reunión internacional del C. E. D. I., celebrada en El Escorial los días 8-10 de junio de 1963.

en cierta manera, ha sido devorada por aquellas revoluciones que son hijas de su genio político creador. La democracia norteamericana fué una teología política de la libertad, implantada en un mundo nuevo ante la impotencia de las ideas europeas para vencer en Europa la resistencia absoluta de los privilegios. Pero cuando a mediados del siglo XIX esa misma revolución democrática, por unos u otros cauces, comenzó a generalizarse sobre el mapa político europeo, la democracia norteamericana había seguido su propia vía de desarrollo, y de otro lado, la capacidad de creación ideológica de lo europeo había alumbrado una visión nueva del devenir bajo las formas de otra revolución que tuvo su evangelio en el «Manifiesto Comunista» y que, a su vez, estaba llamada a transformarse en realidad, pero también según un estilo no europeo de la existencia.

El siglo que discurre entre 1848 y 1945, entre la formulación marxista del comunismo y el hundimiento del fascismo, entre la plenitud del sistema policéntrico de potencias europeas y el sistema bipolar de superpotencias no europeas, entre el supercapitalismo con su imagen del mundo como mercado y el dirigismo soviético con su estrategia subversiva de revolución universal y su utopía esclavófila de imperialismo planificado, constituye el eje histórico de marcha de esa alienación europea. Difícilmente cabe hoy poner en duda que, en definitiva, las dos grandes guerras mundiales de génesis europea, las ha perdido Europa, y al desenlace de cada una se ha producido el mismo fenómeno de simplificación del cuadro de grandes potencias, siempre a costa de la hegemonía precedente, es decir, a costa de la primacía. La primera guerra mundial marca la entronización de los Estados Unidos como gran potencia y su calificación al intervenir con capacidad decisoria en la configuración del orden mundial, pero marca también la «balcanización» de Europa y la eclosión rusa de la revolución comunista. La segunda guerra mundial marca la entronización de Rusia al plano de superpotencia, la constitución de un vasto imperio soviético, incluyendo media Europa, la descolonización a costa de Europa y, en último término, la universalización de la revolución comunista. En estas condiciones, el resultado, bien dramático, del proceso, es la partición de Europa, que encuentra en la muralla de oprobio de Berlín su más bárbaro simbolismo. La mutación de Europa viene a ser como una regeneración a partir del fenómeno sin precedente de un mundo en el que Europa había dejado de ser sujeto para convertirse en objeto de los acontecimientos.

A la altura de la década de los sesenta, se puede hablar de una mutación de Europa, porque el esquema bipolar de tensión hegemónica entre las

Los grandes superpotencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética, aparece rectificado, en muchos aspectos importantes, y aun cuando no haya perdido su papel de máximo factor, ha puesto en libertad masas de fuerza, atmósferas de ideas y fermentos revolucionarios que ya no encajan, por lo menos holgadamente, en el esquema simplista de la teoría de los dos mundos.

El hecho Europa, la Europa de hoy, no es una esencia de la metafísica de la historia, no es una actualización de la figura ideal de una Europa eterna; antes al contrario, es un hecho circunstancial y estrictamente político y socioeconómico, está determinado por el encuentro o conflicto de esos dos mundos en el espacio geográfico europeo y por el hecho de que a un lado y a otro Europa no ha podido ser asimilada, sino que ha respondido a la situación con reflejos positivos o negativos, pero en último término de estilo europeo. Esta Europa circunstancial debe de ser explorada en su cara explícita y en su faz incógnita. Debemos explorar, en efecto, el «europeísmo» de la Europa occidental en cuanto tiene de positivo, pero sin incurrir en el error de idealizarlo absolutamente, por cuanto que edificado provisionalmente sobre una Europa partida, corremos bien el riesgo de erigir una filosofía absoluta de Europa al servicio de una realidad política europea bien exigua, la de una pequeña Europa del bienestar, cercada por un frente revolucionario externo que, empujado a su vez por continentes hambrientos, puede tener otra vanguardia europea muy distinta de la que ahora pensamos. Debemos, por ello, prestar cada día mayor atención al vasto complejo de fenómenos que discurren en la otra Europa y en la misma Rusia soviética, no solamente desde el punto de vista de una filosofía anticomunista maximalista, sino también considerando con realismo otros procesos que allí se están incubando, como pueden ser un sistema de nacionalismos marxistas o un «europeísmo» democrático popular. En la medida que la mutación europea es un reflejo o si se quiere un gesto frente a factores no europeos que dominan el desarrollo mundial, es preciso tener en cuenta que esa mutación y ese gesto no han adquirido su figura definitiva. Quiero decir, que si bien es verdad que ahora el hecho Europa, como hecho políticamente integrado, parece haber encontrado su lanzamiento histórico definitivo, no está decidido el signo que puede tener esa Europa y no podemos incurrir en la ingenuidad de creer que una Europa unida, por mínima que sea, puede concentrar todo el potencial histórico de que lo europeo es capaz, como tampoco un mercado común, por amplias que sean las áreas de bienestar que integre, puede, sin más ni más, convertirse en la metafísica absoluta de Europa.

II

La Europa en mutación me parece esencialmente el fenómeno resultante de un hecho histórico de máximo alcance, a saber: la segunda guerra mundial, que ha perdido Europa, no se ha resuelto en un orden universal, sino en una liberación, incluso caótica, de nuevas fuerzas históricas, y entre ellas las de una nueva Europa. Esta nueva Europa es dualista, porque está partida, pero es también unitaria en lo que tiene de metafísica, es decir, en una cierta y esencial unidad de actitudes del europeo ante el mundo y ante la vida. Por eso tiene que ser analizada la doble dialéctica resultante por una parte de lo que puede llamarse la «occidentalización» de Europa, y de otra, lo que puede denominarse la «orientalización» de Europa. La mutación de Europa es un resultado de esta doble alienación y es un resultado por cuanto que, en definitiva, ni la occidentalización ni la orientalización han conseguido consumarse, antes al contrario, bajo su impacto una y otra Europa han comenzado a afirmar su peculiaridad tratando de salir por una u otra vía de la pasividad. Estudiar este movimiento de regeneración europea es del máximo interés, sobre todo por una razón: por cuanto que hay que ponderar en qué medida en esas dos vías europeas se está dibujando o se está extraviando la órbita esencial de Europa. Es preciso estudiar desde ahora, con todo cuidado, este doble movimiento que lo mismo puede producir un contagio, que engendrar una síntesis, que lo mismo puede hacer de Europa el centro del equilibrio del mundo, que provocar una radicalización explosiva.

Desde 1945, tras la apertura de la guerra fría, el concepto político total del mundo libre ha sido el concepto de Occidente. Ahora bien, el concepto de Occidente no es ni un concepto geopolítico, ni un concepto políticamente orgánico, es un concepto ideológico. Designa una teoría de valores inspiradores de una civilización de la libertad, que ha tenido su ejecutoria histórica en un mundo relativamente occidental que va desde Atenas hasta Boston, con todo lo que esto significa y con cuanto entre ello va comprendido de historia y de geografía. Pero es, además, un concepto ideológico en el sentido estricto, como algo superpuesto a un interés de otra índole, y en este caso a un interés estratégico. La reducción política de ese concepto ideológico estuvo determinada en 1945, no desde el seno del occidente mismo, sino frente a la amenaza de una agresión comunista contra Europa. Fué

un concepto de mera contención. Esta contención se ha prolongado a lo largo de más de quince años, con lo cual ha surgido un cuadro nuevo de fenómenos de gran importancia que no pueden ser reabsorbidos en una síntesis estrictamente estratégica, porque aun cuando el efecto estratégico sigue siendo predominante, ya no es de ninguna manera el único. La Europa de 1945, aunque vencida, era dueña de un inmenso espacio colonial. La Europa de 1960 es una Europa metropolitana, descolonizada. Este solo hecho, y sobre todo el análisis de este hecho, de alcance decisivo en la imagen del mundo, bastaría para comprender que el concepto de Occidente no es un concepto políticamente orgánico, es decir, que muchos intereses europeos han tenido que ser sacrificados al concepto de Occidente.

En segundo lugar, la filosofía económica de Occidente es la competencia. El espacio económico de Occidente es, por lo tanto, en sí y por sí, un espacio competitivo, y esto que no tenía mayor importancia en 1945, cuando los Estados Unidos pudieron financiar la recuperación de Europa, la tiene hoy en grado máximo por cuanto que el espacio occidental se está convirtiendo, de un lado, en una guerra interna de mercados, y de otro, en una vía inorgánica de coexistencia económica con el mundo comunista, con lo cual quiebra por aquí también en mayor o menor medida la noción estratégica de Occidente. Este dinamismo económico multilateral de Occidente implica, si no una quiebra, por lo menos toda una teoría de fisuras constantes en la noción estratégica de Occidente. Aquí es preciso decir que también muchas veces los intereses totales del conjunto occidental han sido preteridos ante intereses comerciales particularizados de una u otra de las naciones occidentales. Esto se ha hecho particularmente visible en el comercio con la China Roja, en la incoherencia occidental de la política económica con Cuba y en la lucha abierta actualmente para penetrar en los mercados del telón de acero.

Pero, en tercer lugar, se está produciendo una quiebra de la noción estratégica misma de Occidente, como consecuencia del desarrollo del arma nuclear y del riesgo potencialmente acumulado por ella. La noción de Occidente pierde consistencia estratégica en una guerra de exterminio a gran distancia, en cuanto se renuncie a una defensa nuclear, no de Europa, sino desde la misma Europa. Nos parece que esto es lo que hay verdaderamente en el fondo del suceso de Bruselas, mucho más que una disputa insuperable en torno a la concepción económica de Europa, pues la unidad estratégica de Occidente estaba construída, no sólo como teoría de una causa común, sino, además, como una unidad física de riesgos, dado que las bases ameri-

canas estaban instaladas en Europa. Si prosperara una teoría de la estrategia nuclear a distancia, Europa tendría forzosamente que construir su defensa nuclear sobre el terreno. Es posible que los recelos europeos en este particular sean excesivos, pero el no reconocer un riesgo peculiar de Europa en estas condiciones, es ciertamente ignorar la realidad.

Finalmente, como es sabido, la lucha entre los dos mundos, el comunista y el mundo libre, no es sólo una lucha de espacio a espacio, es también una lucha ideológica en el frente interior, y tampoco a este respecto el concepto de Occidente responde a un esquema unitario. La Europa occidental ha podido, en términos generales, marginar el fenómeno comunista por una política de desarrollo social y económico, pero sobre todo por el hecho de que el comunismo europeo perdió con Europa la guerra desde el momento en que hubo de jugar en todas partes una política de vasallaje colonial respecto del partido comunista ruso. Así y todo, la dinámica de este desarrollo ha engendrado un fenómeno de máximo alcance, cuyo signo en la política general de Occidente es todavía una gran incógnita. Este fenómeno es la marca socialista bajo la forma de un socialismo que ciertamente se ha desprendido en muy buena parte del lastre ideológico marxista, de la filosofía revolucionaria de la lucha de clases y de todo activismo con finalidades subversivas. La nacionalización de la revolución buscada por tantas vías desde 1920 en la Europa occidental, se está consiguiendo al fin bajo la fórmula de una legalización europeísta del socialismo, pero la línea estratégica de este socialismo, desde luego no comunista, frente al mundo comunista, está llena de imprecisiones y vaguedades. Lo mejor que se puede decir de esta corriente es que siendo, como es, un producto del especial clima político y social, creado en la Europa occidental bajo las condiciones de un invernadero amparado en un gran dispositivo estratégico, propugna la sustitución del anticomunismo por un socialismo no comunista y, por lo tanto, a escala mundial, por una filosofía de la ambigüedad que más bien parece considerar la paz como un hecho ya adquirido, que como algo que hay que conquistar todos los días.

Todo lo expuesto demuestra que bajo el imperio de la occidentalización, la Europa occidental ha creado su propia vía de desarrollo en todos los planos y que si bien es verdad que esta vía no abre necesariamente una brecha, en la teoría política del mundo libre plantea, desde luego, y con urgencia, la necesidad de una revisión de sus conceptos estratégicos y de sus líneas de actuación políticas y económicas para poder conseguir una síntesis

operante que permita dar al concepto de Occidente, si es que ha de ser mantenido, una flexibilidad operativa y una contextura verdaderamente orgánica.

### III

De otro lado, la historia del sistema soviético de poder, es un largo proceso de «orientalización». Con ello quiere decirse que implica una clara y progresiva superposición de formas de organización social, de sello marcadamente oriental, a un fenómeno ideológico como el comunismo, que es de genealogía ciertamente europea. En efecto, como mera síntesis doctrinaria, como ideología, el comunismo resulta de una cierta interpretación de la dinámica esencial de la historia de la Europa moderna. Una interpretación fundamentalmente crítica, de la que Marx deducía, sin acometer ninguna construcción positiva, por pura vocación mesiánica, el que habría de producirse un orden social perfecto. El ateísmo positivo, la supresión de la propiedad privada por el control espontáneamente colectivo de los medios de producción y la cancelación a largo plazo del Estado, fueron para Marx el necesario desenlace dialéctico a que conducía la revolución económica inglesa, la revolución política francesa y la revolución filosófica del idealismo alemán. Pero este desenlace no se produjo en vida de Marx ni se produjo en Europa. Marx desconoció esencialmente el proceso de expansión de la economía libre fuera del marco geográfico europeo, como ignoró también la corrección social en la dinámica de la economía europea mediante la política social y la inserción paulatina de las masas en el marco de formas distintas de legalidad democrática. Europa se ha desproletarizado progresivamente, en tanto que la dialéctica marxista exige una «proletarización» progresiva. Marx ignoró el papel de los Estados Unidos en el desarrollo de la economía libre, como ignoró el que las tensiones del último nacionalismo europeo se impondrían dramáticamente al abstracto y vago internacionalismo socialista. Por todo ello el prestigio de Marx como «profeta» es uno de los grandes tópicos de la propaganda circulante. En rigor, Marx no ha intuído ninguno de los grandes movimientos de nuestro siglo. Consideró siempre a los Estados Unidos como un espacio social subdesarrollado para el capitalismo y a Rusia como un espacio social subdesarrollado para el comunismo y, sin embargo, estas dos grandes superpotencias, la una por la vía de la libertad y la otra por la vía del despotismo colectivista, han configurado la marcha

del siglo XX, lo que, sin ningún aparato dialéctico, por puro análisis realista en profundidad, había previsto ya en 1830 un contemporáneo de Marx, Alexis de Tocqueville.

Hoy comprendemos, sin gran dificultad, que la explosión del comunismo en Rusia, siendo un fenómeno de indudable alcance universal, no responde en absoluto a la idea marxista del movimiento de la historia. Mucho más que una revolución europea, la rusa es una revolución autóctona del mundo eslavo, revolución que ha sido por modo artificial traducida a las categorías ideológicas del marxismo europeo, pero que se ha articulado a base de estructuras político-sociales enteramente extrañas al genio europeo y que se ha conducido por una estrategia de signo acusadamente oriental. El mismo Marx estaba obsesionado por el peligro inminente ante el que la Europa de su tiempo se encontraba de la amenaza de un gran imperio eslavo que preveía el que iría desde Stettin hasta Trieste—tal es su verdadera profecía—, montado exclusivamente sobre un gigantesco potencial de bayonetas. La idea de Lenin del *partido único*, como minoría de férrea disciplina, como clase política profesionalmente preparada para constituir la vanguardja revolucionaria, es la estructura básica que da al comunismo ruso su sello oriental. A poco que se medite, se advierte que representa la actualización del «genizarismo» o del «mandarinismo», o bien que supone, como ha visto con aguda metáfora Monnerot, «el Islam del siglo XX». No se trata de la dictadura del proletariado, de la que incidentalmente habla Marx, sino de la dictadura de una «nueva clase» (Djilas) sobre una masa social informe y totalmente proletarizada.

Sin embargo, es menester admitir que Lenin creyó durante algún tiempo en el dogma marxista de la explosión revolucionaria simultánea en la economía internacional y, por lo tanto, en el sistema político de las potencias capitalistas. Stalin, no. Stalin partió desde el primer momento de la premisa rigurosamente no marxista de la «revolución socialista en un solo país» y dedujo de esa premisa una estrategia resueltamente polémica frente a Occidente en cuanto que baluarte del capitalismo, haciendo supuesto del liderazgo ruso sobre Oriente como inmenso ejército de reserva del comunismo del futuro, y por eso, desde un punto de vista geopolítico y a escala general, el stalinismo significó la «orientalización» total del mundo soviético. La imagen bipolar del mundo de la postguerra vino a ser, en rigor, la versión más actual que nunca de la tensión geopolítica clásica entre Oriente y Occidente. Esta premisa es de importancia decisiva para comprender la naturaleza del imperialismo soviético sobre Europa. En la concepción de



Stalin, ese imperio que domina las nacionalidades de la Europa oriental y que parte a Alemania por el corazón, era al mismo tiempo un área de contención llamada a convertirse en tierra quemada en el caso de una guerra defensiva, y de otro lado, la gran rampa de lanzamiento para el caso de que las posibilidades facilitaran la oportunidad de la conquista total de Europa como península europea de Asia. Rusia sería el centro del imperio comunista asiático, el nuevo centro geopolítico de un mundo en expansión comunista. Pero ninguna de estas naciones que forman el cinturón fronterizo del imperio soviético ha sido preparada ni en lo ideológico, ni en lo militar, ni en lo económico, ni en lo cultural, de forma que puedan jugar un papel propio dentro del desarrollo de la hegemonía comunista. La reducción del sistema comunista a una monolítica unidad ideológica, es una óptica enteramente falsa, que desconoce las constantes geopolíticas que a la larga se imponen siempre sobre los factores meramente especulativos.

Si se estudia el panorama que presenta en la actualidad la Europa irredenta, se comprende al mismo tiempo el doble error que puede resultar por una parte de ver en estas naciones sociedades ya comunizadas a fondo y por tanto incorporadas orgánicamente al comunismo; y de otro, el que podría derivar de empujarlas a una vía no europea por una concepción raquítica y mínima del concepto geopolítico de Europa.

En lo ideológico, una vez que por las razones que sean, el Occidente no ha sabido, o no ha podido, explotar el ansia natural de liberación de estos países, que tuvo en la Hungría de 1956 su exponente más dramático, este anhelo de independencia se ha revestido fundamentalmente de un carácter religioso. Este movimiento ha sido de tal importancia, que ha sacudido fuertemente toda la política religiosa de la Unión Soviética en estas áreas, e incluso no ha dejado de tener incidencia en la propia Unión Soviética. En primer lugar, la política soviética ha tenido que elaborar fórmulas de absorción religiosa dentro del orden político comunista, mediante una teoría de Iglesias nacionales sujetas a dirección política, que en conjunto sólo ha conseguido resultados desdeñables; después ha pasado a una política de mínima legalización de los cultos católico y ortodoxo, y, finalmente, en la fase actual se aproxima a fórmulas de *modus vivendi* con los legítimos organismos supranacionales de las Iglesias. Esta es una fase del más alto interés y que ha de poner a prueba la capacidad occidental para la integración espiritual de una Europa total. Todo ello está condicionado a que los dirigentes occidentales, en todas las esferas, comprendan que si la renuncia a una liberación por la fuerza de las nacionalidades de la Europa

occidental puede no ser viable en las actuales condiciones estratégicas según el principio del mal menor y para evitar la destrucción atómica de la humanidad, ello no quiere decir que tenga que renunciarse a la puesta en valor de los valores cristianos en el mundo actual y a la integración de la Cristiandad, no sólo como una unidad moral, sino también como un organismo histórico de entidad cultural e incluso política.

En la Europa oriental no se ha desarrollado ningún «europeísmo», y esto es un signo claro de la vocación antieuropea que todavía domina la estrategia soviética. En teoría hubiera sido perfectamente factible oponer la figura de un europeísmo «socialista» al europeísmo «capitalista» de la doctrina occidental; si no ha sido así, es porque hasta ahora el poder soviético no ha jugado nunca una política de vocación europea, al margen de toda cuestión ideológica. Ello obedece, además, a razones tácticas, pues la Rusia soviética administra su vasto imperio europeo según el principio de la división y del equilibrio, evitando la formación de bloques. Esto es evidente en el orden militar, donde mucho más que una potenciación de los estados soviéticos, lo que se potencia es la ocupación militar por parte de las divisiones rusas. Y es, sobre todo, irrefutable en el aspecto económico. No hay «milagros económicos» en la Europa oriental y, sin embargo, existe un gran desarrollo, pero este desarrollo está concebido exclusivamente tomando como centro la potenciación de la economía soviética. La industrialización se hace en forma que quede condicionada en todo lo posible al suministro de materias primas rusas o extraídas de países muy alejados de aquel en que se lleva a cabo la transformación industrial. De esta manera, en cualquier momento estos países pueden quedar económicamente aislados de tal manera que quedan privados de toda capacidad de autonomía. El *Comecon* no es un mercado común a la manera de la Europa libre, sino la organización central del imperialismo económico soviético.

Es natural que esta política, al margen incluso de toda valoración ideológica, haya ido a lo largo del tiempo levantando resistencias y abriendo brechas considerables en el espacio de dominación soviética. No se trata sólo de fenómenos de resistencia de gran importancia, de los que fueron testimonios Hungría, Polonia y Alemania oriental; no se trata exclusivamente de un hecho rigurosamente *contra natura*, como es la bárbara muralla de Berlín. La resistencia se produce incluso desde el seno del mismo sistema comunista, poniendo de manifiesto lo artificial de la hegemonía rusa. El hábil neutralismo yugoslavo, frente al que en último término capitula una y otra vez la Rusia post-stalinista, es un testimonio claro de cuanto

se dice, como de la misma manera que el actual stalinismo de la pequeña Albania, ante el que también es impotente la Rusia soviética, es otra muestra de esa descomposición. Pero, además, poderosos movimientos revisionistas de base marxista en Alemania Oriental, en Polonia, en Hungría, en Rumania, han tenido que ser sofocados por los procedimientos más enérgicos, con lo cual se demuestra también que Rusia se opone resueltamente a un comunismo que tenga por centro Europa y no Rusia. Por último, estas tensiones son no menos claras en el ámbito económico. En estos momentos, por ejemplo, las resistencias de algunos países de la órbita soviética, especialmente Rumania, a seguir sacrificando incondicionalmente su producción a la planificación soviética, son notorias.

Pero la «orientalización» del mundo soviético ha entrado en crisis justamente por la presión del propio Oriente. A la larga, el gran sueño de un imperio mundial de centro ruso, se desvanece ya día a día frente a la presión de la masa comunista oriental y especialmente de China. Nada habría más arriesgado que el confundir en este caso las lentas ondas del movimiento de la historia, con los procesos acelerados y el ritmo día a día que exige la política exterior, pero la tensión entre China y Rusia es una tensión geopolítica de base demográfica y determinada por el hecho de que, en rigor, China y Asia, en general, no pueden ser pasivamente instrumentadas bajo un aparato imperialista de poder que no sea de raíz genuinamente asiática. Después de la muerte de Stalin, los dirigentes rusos han comprendido, finalmente, que la línea oriental del comunismo soviético conducía a la larga a una hegemonía asiática y hoy apenas si cabe duda de que no existe figura alguna en el liderazgo soviético capaz de mantener, después de Jrushev, la dirección rusa del movimiento mundial comunista. Esto es lo que hay realmente en el fondo de la estrategia de coexistencia. También a lo largo de la revolución comunista se ha cumplido la ley fatal del ambiguo destino histórico de Rusia fluctuante siempre entre Oriente y Occidente y de la imposibilidad de que la confusa mezcolanza de razas, naciones, religiones e idiomas, que componen la heteróclita inmensidad de la Rusia soviética, se fije definitivamente incorporándose a un todo cultural, occidental u oriental.

#### IV

La Europa en mutación no es, por todo lo dicho, una Europa consumada. No está consumada, no ya—como es obvio—en sus estructuras jurídico-polí-

ticas, sino que tampoco está consumada o definitivamente definida en cuanto a sus principios de integración. El nacionalismo puede rebrotar en Europa incluso asumiendo formas de «europeísmo» cerrado, mientras que de otro lado los peligros de una teoría de sistemas nacionales comunistas neutralistas son perfectamente visibles en el área de la Europa soviética. La Europa en mutación es, en rigor, una Europa en trayectoria, y la preocupación europea debe ser ante todo comprender esta trayectoria, no cerrándose en esquemas ideológicos o simplemente en organizaciones pequeño-europeas que aborten el gran proceso histórico de la unificación de Europa. No es difícil pensar que a la larga la Europa en mutación irá integrando en todos los miembros de la unidad europea un sistema progresivamente afin en lo religioso, en lo político y en lo económico, pero es gravemente peligroso el practicar exclusiones y el establecer con un dogmatismo apriorístico cuáles han de ser esas fórmulas o esos sistemas. Parece que no cabe discutir que el proceso de unificación europea ha tenido que corregir deficiencias estructurales características de la democracia en lo político y en lo económico, cuando ésta funcionaba en el seno del sistema de estados nacionales propios del siglo XIX. En Alemania y en Francia, como centros nucleadores del proceso de esta unificación, la democracia ha tenido que evolucionar hacia un fortalecimiento de la autoridad y hacia una racionalización en el sistema de la concurrencia política, limitando casi orgánicamente las posiciones partidistas en pugna y al mismo tiempo evitando toda infraestructura clasista en la controversia política de los partidos. Desde el punto de vista económico, el liberalismo clásico del siglo XIX, con su indiferencia para la cuestión social, con aquella insensibilidad ingenua que hacía que un político francés recomendara a los privilegiados de la riqueza el que se enriquecieran más todavía, mientras que otro consolaba a los menesterosos diciendo que pobres los había habido siempre, ese liberalismo, con su cruda filosofía de la ganancia, está por completo superado en una teoría social de mercado libre y en una concepción ciertamente de fondo socialista, pero que renuncia a la gestión colectiva de la economía. Estas transformaciones ideológicas han empujado el proceso de la unificación de Europa en forma indiscutible y es claro que marcan una tendencia hacia la que antes o después, según sus posibilidades de desarrollo, se irán aproximando todas las naciones europeas. Pero no eran fórmulas que pudieran preverse de antemano cuando a principios de siglo, poco después de la primera guerra europea, comenzó a cobrar figura intelectual y teórica la idea europea. Tampoco hoy cabe practicar exclusiones, que en el fondo pueden envolver la figura híbrida de

un «europeísmo» supernacionalista, haciendo pasar por definitivas las posiciones adquiridas en el proceso de unificación.

Y, además, es fundamental no perder de vista que este proceso no se produce aisladamente, desconectado del conjunto de fuerzas no europeas que actúan sobre el escenario mundial de la política. Hoy se habla con algún acierto del final de la postguerra. Lo que quiere decirse con esto, o lo que en esto pueda haber de fondo, es que la postguerra, como un interregno abierto para definir una hegemonía mundial absoluta en favor de los Estados Unidos o de la Rusia soviética, ha terminado. Ha terminado porque esa hegemonía es, por lo menos hasta donde alcanza el horizonte, geopolíticamente imposible. La imagen actual del mundo toma una figura policéntrica tanto en Oriente como en Occidente; el sistema múltiple de estados nacionales se simplifica hasta convertirse en una teoría de grandes espacios culturales políticamente unificados. Dentro de esta imagen Europa ha de tomar su verdadera figura y posición. Justamente porque la descolonización ha cerrado para siempre las vías de un fenómeno bastante artificial como fué el imperialismo europeo del siglo XIX, Europa puede recobrar en ese pluriverso su vocación universalista. Para ello no solamente tiene que concebirse la unidad europea con una gran generosidad de puntos de vista, sino que, además, debe proscribirse la tentación egoísta de un «espléndido aislamiento europeo», es decir, de un paraíso europeo del bienestar, cerrado frente a los continentes subdesarrollados en los que a plazo no muy largo se alberga la gran eclosión revolucionaria.

La Europa en mutación no está tampoco consumada porque ciertamente resulta condicionada por las corrientes resultantes del nuevo giro en la política mundial. Si, como es de esperar, la tendencia de la política rusa a romper con la línea orientalista que aquí hemos expuesto, sigue acentuándose —y todo parece indicar que la masa popular rusa es cada vez más sensible hacia esta acentuación, mientras que la clase política es cada vez más impotente para contenerla— puede no estar muy lejos la apertura de una nueva onda de «occidentalización» del centro de poder ruso. Sería ciertamente ingenuo vislumbrar este movimiento como una aproximación ideológica a la mentalidad política y económica de la Europa occidental. Esto exigiría una revolución por la base de las fuerzas operantes en la Rusia soviética y en las condiciones actuales, esa revolución no puede ser tenida razonablemente por viable. Pero no se trata de eso. Rusia puede convertirse paulatinamente en el centro de un «europeísmo» oriental por un giro radical simplemente en la línea de la estrategia soviética, giro que podría traer como consecuen-

ría una integración mucho más sólida que las nacionalidades que hoy sólo de una forma mecánica quedan bajo el poderío ruso. A raíz de la derrota de Napoleón, Rusia jugó ya durante algún tiempo un papel similar o incluso cabe recordar que el mismo panslavismo no es una ideología originariamente rusa. Se trata, sin duda, de una hipótesis atrevida, pero de una hipótesis que no debe de perderse de vista al entrar, como parece inevitable, en el horizonte de la coexistencia. La coexistencia como teoría ha sido hasta ahora un gesticulación propagandística de la estrategia soviética; ahora puede comenzar a ser un hecho, un hecho por el cual toda la Europa geográfica queda necesariamente afectada. Sus consecuencias ideológicas, políticas y económicas, son incalculables, pero el movimiento de reunificación europea parece que debiera ser no reconsiderado, pues ha de ser tenido por irreversible, pero sí pensado en mayor profundidad, con más largo alcance, y según fórmulas que dejen abierta la senda para la integración de la otra Europa, y esto aunque sólo sea conscientes de las posibilidades latentes de que pueda producirse un centro de unificación europeísta de signo no necesariamente occidental.

JESÚS FUEYO ALVAREZ.